



Nuestro problema más apremiante

No haría falta el experimento. Pero de hacerse, no dejaría de causarnos a todos una profunda impresión.

El experimento sería que de los cuatro ángulos de la Patria, todos los venezolanos de cristianismo sincero y de patriotismo preocupado, lanzasen una voz vibrante y poderosa que dijese cuál consideran que es la máxima necesidad familiar, social y nacional que estamos padeciendo actualmente. Y el eco de esa voz múltiple y unisona nos haría oír, clara y precisa, una palabra: ¡CATECISMO!

No lo podemos dudar: Catecismo y más Catecismo. He aquí lo que urgentemente estamos necesitando a todo lo ancho de la Patria.

Y perogrullada sería que nos detuviéramos a ponderar de nuevo verdad tan sabida como la de que tantos problemas graves que están exigiendo una solución segura y permanente, no solo en el orden religioso y moral, sino también en el orden mismo social, económico, y político, solamente podrán tener esa necesaria y adecuada solución cuando las enseñanzas básicas de la civilización cristiana hayan penetrado debidamente en el alma y en el vivir de nuestra población. De toda nuestra población, tanto de la baja, como de la media y alta. Porque todos igualmente somos hijos de Dios, hermanos en una misma naturaleza, enriquecidos por el mismo Dios con iguales derechos y prerrogativas sustanciales, y sujetos también por igual a unos mismos deberes y obligaciones.

Cuando con olvido o prescindencia de estas verdades, y de estas enseñanzas fundamentales se planea, se edifique o se solucione, llevará irremediablemente el sello de lo transitorio, de lo inestable, y quizás hasta de lo equivocado y aun de lo injusto.

Leyes y ordenanzas, disposiciones coercitivas o penales, aun en el mejor de los casos, serán siempre medidas de remedio accidental y momentáneo. Será como podar la rama enferma de un árbol; que no por eso dará éste luego buenos frutos si no se cura el tronco y la raíz que está enferma o débil, y de donde en realidad procede el mal.

La ola alarmante de crímenes de toda especie, algunos con caracteres agravantísimos, el desprecio a la vida propia y ajena, los excesos en actos inmorales, la acelerada desarticulación del orden familiar, el contagioso frenesí con que en número más que impresionante corren los matrimonios, —a veces de solo pocos meses o años y por motivos vergonzosos e inconfesables—, a pedir y a obtener la sentencia de divorcio, todos estos y otros muchos casos desdichados que ocurren en nuestro medio, forman en su conjunto un cuadro de colorido tremendamente sombrío e impresionante.

Es que el cuerpo social de la nación está enfermo. Y su grave enfermedad no podrá curarse jamás con meras medidas de orden transitorio, de emergencia o simplemente negativas. Estas medidas son útiles y necesarias

para la salud del cuerpo social. Pero ellas solas no bastan, ni en manera alguna pueden ser las primeras.

Sobre el lecho de enfermo de nuestro cuerpo social, la primera receta que deberá formularse con caracteres bien grandes y visibles, y antes que toda otra es esta: ¡CATECISMO!

Lo que ahora tan lamentablemente estamos presenciando, no es nada más que el madurarse y desprenderse, en cosecha abundantísima, de los frutos que lógicamente tenían que producirse en un conglomerado social que en su gran mayoría han ido formándose, —o mejor deformándose—, y creciendo en la ignorancia de la ley fundamental de todo sér humano: la Ley de Dios, contenida y explicada en el más grande y trascendental de todos los libros; el librito del CATECISMO.

Hace pocos meses las jóvenes de la J. Católica Femenina Venezolana de la Parroquia de San Juan Bautista de Caracas, recogieron y compulsaron minuciosamente unos datos estadísticos que pueden darnos una idea aproximada de la realidad presente del problema de la enseñanza religiosa en nuestra Patria. Dentro del perímetro que comprende dicha Parroquia eclesiástica existen 28 centros de enseñanza, entre colegios, escuelas federales, municipales, unitarias, etc.

De estos 28 centros, solamente en cinco se enseña Catecismo; en los 23 restantes no.

El total de grados escolares en estos 28 centros, es de 101. Sólomente en 23 de esos grados se enseña Catecismo; en los otros 78 no.

Contando los niños y niñas que reciben Catecismo en dichos grados, más los que lo reciben en la iglesia Parroquial y en otras iglesias filiales de la Parroquia, suman un total de 1.742. Y como el total de alumnos que asisten regularmente a los 28 centros de enseñanza es de 5.807, resulta una diferencia nada menos que de 4.065 alumnos de ambos sexos que no aprenden una palabra de Catecismo. Y adviértase que esto es sólo entre los que asisten a centros de enseñanza; pues luego quedan los incontables niños y niñas que no van a ninguna escuela y que pasan a engrosar, tal vez a duplicar, ese tristísimo total de futuros ciudadanos que quedan sin enseñanza religiosa.

Y este es el caso diligentemente averiguado en una parroquia de la capital. Hágase una proporción igual o parecida, con respecto a tantísimas otras parroquias del país, y dígame si no es éste un problema que debe preocupar la mente y mover la voluntad de todo sincero cristiano y patriota.

Si la labor misionera consiste en llevar la fe a los que están en la ignorancia, bien podemos decir que tenemos un amplio campo de misión en nuestras calles, plazas y barrios de pueblos y ciudades. Hay una mies abundantísima que está esperando operarios que la recojan. Los operarios para la labor catequística son en la actualidad poquísimos. Los que están trabajando son héroes, tal vez hasta ignorados, a quienes sólo Dios podrá pagar el premio inmenso a que se hacen acreedores con su celo y constancia. Pero es necesario aumentar su número en gran escala. Es necesario estudiar las dificultades que esa labor confronta; y organizar los métodos de trabajo más eficaces.

De ahí la conveniencia de empezar este nuevo año con la mirada muy fija en este problema, el más apremiante que podemos descubrir en el panorama nacional.

Ojalá que a poco andar de este nuevo año pudiera verificarse la primera Semana Catequística Nacional que ha más de tres años espera una fecha oportuna para su realización. Sabemos que nuestros Prelados, que son quienes más directamente palpan la necesidad de dar un nuevo y organizado impulso a la labor catequística en todo el país, dictarán las medidas que juzguen más prudentes y oportunas para la convocatoria y realización de tan importante asamblea.

P. P. B.